

toda verdad que no hay necesidad que en Roma no esté prevista, ni miseria que no encuentre recurso. Preguntad por los seminarios, y los vereis instituidos para todas las naciones. ¡ Qué hermoso contraste forma este conjunto de obras de beneficencia con el frio egoismo de la antigua Roma! ¿ Qué importaban todos esos mármoles cuya belleza deslumbra, si á la voz de un tribuno vemos correr á millares los pobres vestidos de andrajos, y al traves de las estatuas y de los palacios llamar injusto al gobierno que los erigia, dejando al pueblo perecer de hambre?

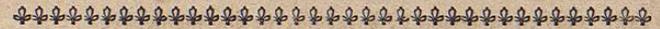
Pero no son aquellas instituciones toda la gloria de Roma cristiana; es su imperio, mas glorioso que el de los Césares, mas dilatado que el de todos los conquistadores y mas durable que el de cuantas monarquías y repúblicas conocemos. ¡ La Iglesia católica! ved ahí la gran nacion cuyo centro es Roma, cuyo imperio se dilata por toda la tierra llevando en su espacioso seno reinos y repúblicas. Ninguna institucion existe que á ella pueda compararse, su historia reúne en un solo cuerpo las dos mas grandes épocas de la civilizacion; ni ménos existe otra cuyos anales comprendan tiempos tan remotos de los nuestros como aquellos en que la pantera y el oso saltaban en el anfiteatro Flaviano y el humo del sacrificio se elevaba del Panteon de Roma. Las mas antiguas é ilustres estirpes de reyes son de ayer puestas en presencia del pontificado. Desde el Papa que coronó á Napoleon en el siglo diez y nueve hasta el que coronó á Pipino en el octavo, y desde el tiempo de Pipino subiendo todavía muchos siglos, encontraremos esa augusta dinastía sin sufrir alteraciones ni variaciones. La República de Venecia fué el Estado que se le acercó mas en antigüedad; pero Venecia murió, miéntras que el pontificado vive, y no envejecido sino lleno de vigor y robustez juvenil. La Iglesia católica que manda hoy misioneros celosos al extremo mas remoto de la tierra, es la misma que envió los que con san Agustin llegaron á Kent; y la que arrostra hoy los peligros

que le suscitan reyes enemigos, la misma cuyo Pontífice detuvo á Atila en las puertas de Roma. El número de sus hijos es ahora mayor que en ningun otro tiempo, y sus adquisiciones en el nuevo mundo le han compensado con mucho exceso sus pérdidas en el viejo. « Su poder espiritual, decia un célebre literato inglés, se dilata sobre los países vastísimos que se extienden entre el Misouri y el cabo de Hórnos; países que, un siglo mas tarde, no es improbable que contendrán poblacion tan numerosa como la que hoy tiene Europa. Los miembros de esta Iglesia no bajan de ciento cincuenta millones. Ninguna señal ni aun la mas remota nos indica que el término de su largo dominio vaya aproximándose: ella vió el principio de todos los gobiernos, de todos los poderes y de todas las comuniones eclesiásticas que ahora existen sobre la tierra, y nadie podrá asegurar que no está destinada á presenciar tambien el fin de todos. Ella fué respetada ántes que el Saxon hubiera sentado su pié en la Bretaña, ántes que el Franco pasase el Rin, cuando la elocuencia griega florecia en Antioquía, cuando los ídolos eran aun adorados en la Meca; y existirá todavía con el mismo vigor y fuerza que hoy, cuando el viajero que venga de Nueva Zelanda atravesando una vasta soledad se pare sobre un arco roto del London Bridge, « puente de Lóndres, » para dibujar desde él las ruinas de la catedral de San Pablo (1). »

Su dominacion espiritual no presenta un aspecto ménos imponente que su antigüedad. Todas las naciones sufren cambios frecuentes en sus instituciones, sus leyes varian segun las exigencias y segun los caprichos, algunas veces, de los que dirigen su administracion; solo las leyes de la Iglesia católica presentan una invariable sucesion que asombra y conmueve á quien la contempla. Sus códigos no son la sancion del hábil político que no pudo penetrar mas allá del círculo estrecho que le descubre su inteligencia, son las

(1) *Ranke's History of the Popes*, by Th. B. Macaulay.

menta de vanas exterioridades. Fui introducido por un camarero al gabinete de Su Santidad : la misma modestia , el mismo candor encontré en su persona , que en los grandes salones que dejaba atras. El Papa estudiaba, el Papa escribia, el Papa se ocupaba de su ministerio. ¡Ved ahí el Papa! Un crucifijo y la imagen de la Virgen tenia delante, y en los conflictos del pesado cargo que la Providencia le encomendó, sin duda su alma, derramada á los piés de Aquel que le instituyó su vicario, le pedirá un rayo de luz celestial que le ilumine.



### CAPÍTULO XXXI.

Las puertas del infierno se estrellan contra él. — Bilete misterioso. — El Pontífice fugitivo. — Escenas crueles. — Triunfo del Pontificado en toda la tierra. — Agitacion universal. — Ejército católico. — El Papa restablecido en su trono.

« Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella , » dijo el divino Fundador de la Iglesia católica al confiar su direccion á uno de sus discípulos , y despues de él á los que habian de sucederle. Esta promesa es el espíritu que la anima y el alma de su existencia : las borrascas se sucederán, los huracanes soplarán con violencia indescribible, el mundo conmovido furiosamente amenazará disolverse ; pero mientras tanto la Iglesia subsistirá como una de esas inmensas moles que los esfuerzos de cien generaciones elevaron en los arenales del Egipto. Nosotros hemos visto en medio de la agitacion universal, entre los trastornos políticos de peor carácter que ha experimentado la Europa , y del grito de horror que levantó el catolicismo entero, salir fugitivo el Sumo Pontífice, caer Roma en manos de hombres sin religion, y manchadas las calles de la ciudad eterna con la sangre de ministros ejemplares del santuario. Todo esto hemos visto, y quizá verán mas todavía las generaciones que nos han de suceder. ¿ Pero de qué aprovecharon la combinacion de tantos trabajos, el desarrollo de tantos proyectos y el furor sin ejemplo de tantos impíos ?

El mundo vió, en medio del estruendo que producian las pasiones agitadas, los tronos que rodaban, el poder pisoteado

tradiciones de veinte siglos, son las trazas de doscientos cincuenta y nueve Pontífices, que marchan por un mismo sendero, y sin revocar uno las sanciones de otro. Esta autoridad se extiende sobre los espíritus y liga las conciencias, pero no á un yugo molesto ni bajo un peso oneroso, sino al suave dominio de la Religión. Tal circunstancia hace el imperio de la Iglesia tanto mas noble, cuanto es elevado el espíritu, é independiente la conciencia. Jesucristo señaló los límites de este imperio; y cuantos esfuerzos hagan los hombres para modificarlo ó reducirlo, para aniquilarlo ó desprestigiarlo, serán vanos. El Papa es en él el depositario del poder, lo recibe de Jesucristo y lo administrará con fidelidad del mismo modo que Aquel por cuya virtud lo ejerce.

Todas las grandes naciones que tienen en su seno miembros de la Iglesia católica están representadas en la ciudad eterna por sus agentes diplomáticos. La Francia, el Austria, Prusia y los Estados Unidos, España, Rusia, Bélgica y Baviera, Holanda, Portugal, Nápoles y el Piamonte mantienen sus ministros cerca del Papa, no obstante que en algunas de estas naciones no es católica la mayoría de los ciudadanos. Casi todas han celebrado sus concordatos y arreglan por ellos sus negocios eclesiásticos; se muestran llenas de deferencia á la silla de San Pedro, y las mas poderosas son hoy las primeras que cortan esas despóticas tradiciones que atan las manos é impiden su accion al Vicario de Cristo. El Austria deroga las leyes de José II, la Francia deja á los obispos en libertad para comunicarse con el Pontífice y obedecer sus órdenes, la Bélgica le reconoce el derecho de nombrar sus obispos, la Holanda no pretende regalía alguna á pesar que paga el culto católico como uno de los tres reconocidos por la nacion, y la Prusia, en fin, no se ocupa ya de agitar cuestiones que levanten muros de separacion entre el Papa y los que le obedecen. Estas cuestiones hoy no existen sino para España, que las hizo suyas y las dejó por herencia á toda su raza. ¡Herencia maldita como la fruta vedada que en man-

jar dulce ofreció el brebaje que corrompió al hombre y le colmó de males! Las repúblicas de la América española, llevando sus pretensiones á mayor altura que su antigua madre, no han llegado aun á celebrar concordatos; dos de las mas pequeñas los obtuvieron tan ventajosos como podian prometerse: Costarrica lo ratificó, Bolivia no lo ha hecho aun. No parece justo ni republicano que se exijan al Papa privilegios que no debe otorgar, ni ménos procurar arrancarle concesiones que hoy renuncian los Estados poderosos que le sirvieron de apoyo en sus recientes conflictos. Si existe deseo sincero de celebrar concordatos, debe ante todo reconocerse « que en materia de privilegio no hay derechos que alegar cuando se trata con el que lo tiene para negarlos ó concederlos. » Yo comparaba la conducta diplomática de algunos enviados de América que al iniciar concordatos pretendian imponer condiciones al Papa, y la de un general representante de la República francesa que le decia en nombre de su gobierno: « Su Santidad resuelva, seguro que su voluntad será acatada por la nacion. » ¡Esto decia el plenipotenciario del país que habia restablecido á Pio IX en su trono pontifical! Si los gobiernos quieren celebrar tratados de alianza, de comercio y de navegacion con el rey de Roma, están en su derecho al imponer condiciones y al exigir ventajas; pero si tratan con el Pontífice en los negocios de la Iglesia que le encomendó Cristo, las condiciones suenan mal y las exigencias no son admisibles sino hasta un punto dado.

El Vaticano, residencia ordinaria de los papas, es el centro de accion del gobierno de la Iglesia; pero siendo uno de los edificios mas célebres del mundo, y uno de los palacios mas grandes de Europa, en la residencia del Papa no hay ni lujo ni esplendor, brilla al contrario la simplicidad formando contraste con el boato de otros soberanos. Cuando yo atravesaba los salones del Papa por primera vez, nada miraba que me sorprendiese, ni nada que no fuese sencillo y modesto; allí la veneracion la imprime la fe, y esta no se ali-